

HABANA, 28 DE AGOSTO DE 1875.

EL MUELLE REAL DE CÁRDENAS.

Hace bastantes meses que, con motivo de asuntos concernientes a nuestro periódico, permanecemos algunos días en la ciudad de Cárdenas, y pudimos ver el lastimoso estado en que ya entonces se hallaba el muelle real de aquel puerto.

Al regresar a esta capital no pudimos menos de llamar la atención del Gobierno sobre la necesidad de hacer una reparación formal en dicho muelle, pues era de imprescindible necesidad en un puerto tan concurrido y cuyo comercio, tanto de importación como de exportación, tiene cada día mayor incremento.

Recordamos que entonces se nos dirigió con tal motivo un comunicado, manifestándonos que el Gobierno pensaba seriamente en la reparación de dicho muelle y que darían principio las obras tan luego como se hubiesen otorgado algunas dificultades que retrasaban la terminación del expediente; y si no estamos equivocados en el período de la localidad apareció algún tiempo después el pliego de condiciones para la subasta de dichas obras.

En vista de todo esto, creíamos que el muelle real de Cárdenas estaría a estas horas completamente reparado y útil para el embarque y desembarque de efectos; y como desde entonces no hemos vuelto a visitar aquella ciudad, no podíamos imaginar otra cosa. Una carta que recibimos días pasados y en la que se nos daba cuenta de algunas desgracias ocurridas en el citado muelle, a causa de su mal estado, ha venido a sacarnos de nuestro error, pues admirándonos de que en tan poco tiempo se hubiesen deteriorado las nuevas obras de reparación, que suponíamos hechas, pedimos explicaciones a nuestro correspondiente, y por él hemos sabido que no solo el muelle referido no se ha reparado, sino que, como es natural, se halla hoy en peor estado que nunca, hasta el extremo de ser sumamente peligroso el atravesar por él y haberlo abandonado por las embarcaciones, las que no atracan allí, por ser completamente imposible hacer la carga y descarga sin exponerse a desgracias de consideración.

No nos dice nuestro correspondiente como se las componen los buques que llegan a aquel puerto, aunque suponemos que ellos, como el comercio de Cárdenas, sufrirán los perjuicios que son consiguientes a tener que trasladar las cargas en botes a atracar en las muelles particulares más distantes que el real y más apartados por consiguiente de la vía férrea.

Tampoco nos indica cuáles han sido las causas que han impedido hacer las obras de reparación, que hace ya cerca de un año reclamaba imperiosamente el muelle; pero el hecho es que este se halla hoy completamente inútil para el tráfico; y que cuanto más tiempo pase más costosa será su reparación, pues la tablazon ha desaparecido casi por completo y hasta las estacas se las van llevando poco a poco los mercedarios que nunca faltan en las ruinas, justificando en el caso presente que el árbol caído todo el mundo hace leña.

Si hace un año considerásemos urgente la reparación del muelle, dico es que hoy la creamos urgente, pues con el tiempo traerá más suceso precisamente lo que entonces anunciábamos y algo más, puesto que, como acabamos de manifestar, el muelle no sirve hoy absolutamente para nada.

Y ya que de tan importante asunto nos ocupamos, al encarecer la necesidad de obra a Cárdenas de un muelle útil, no podemos menos de recordar que la empresa del ferrocarril de Cárdenas y Júcaro tiene solicitada hace mucho tiempo autorización para construir un muelle de mamostería. ¿Porque, pues, si el Gobierno no puede reedificar el muelle real, no autoriza a la referida empresa para que lleve a cabo su proyecto?

Es lo cierto que las cosas han llegado a un extremo que exige inmediatamente una resolución para dotar a Cárdenas de un muelle, ya sea reedificando el real, ya autorizando a la empresa del ferrocarril citado para que construya el suyo; y creemos que el Gobierno, persuadido de esta necesidad, atenderá los justos lamentos de aquel comercio, tan acreedor a que se le oiga por los sacrificios que hace y por los beneficios que reporta del Tesoro en aquella aduana.

El "Mal de España" y el Moro Muza.

Hemos dicho que el *Moro Muza* se había resuelto al fin a discutir en años sucesivos, de lo cual nos felicitamos, si bien lamentándonos de que esos asuntos fajer ajenos a la cuestión que se había propuesto debatir, y que hasta ahora no ha debido de ninguna manera. Vamos a ver de qué modo entra nuestro apreciable colega en esta cuestión.

FOLLETIN.

GUINRALDA CUBANA.

NI EDADE DE ORO.

"Hojas del árbol caído."

Juguete del viento son.

Las lusiones perdidas.

Son las hojas desprendidas de ayer.

Del árbol del corazón."

Hace muchos años—como que yo tenía

nube—que al espirar una tarde triste y

nebulosa del invierno, de ese invierno de

Cuba tan dulce, tan poética, tan agradable,

me hallaba, bien lo recuerdo, reclinado sobre

los almohadones de mi lecho cubierto de

blancas cortinas, tan blancas como la

inocencia, y distraído en mis pensamientos

de lindas y frescas flores que una mano amorosa

había juntado a mi alrededor, me vino a

balsamar la habitación con suaves aromas

de la naturaleza que se desahogaba en

nuestro hermoso cielo y se desahogaba en

impulsos de la fresca brisa transportando lejano

horizonte.

Edad de oro, sí; edad bella como la flor

que abre su plácida corola a los halagos del

céfiro o como el plateado arroyuelo que va

corriendo sobre un lecho de esmeralda y bañando

con su raudal espumoso el tallo de las

plantas que se miran en su corriente.

Os he dicho que me hallaba reclinado sobre

los almohadones de mi lecho y que me venía

hablando distraída las flores que acababan de

regalarme; pero no sabéis que estaba enfe-

ta que llamaremos *nueva luz* de la polé-

mica.

10. Para no tener que hablar de los he-

chos históricos, *La Voz de Cuba*, con su

unidad de costumbres, se ha ido pro-

tendiendo, y se repite en que no le ha

que "no debe achacarse a un principio lo

que es efecto de las humanas pasiones";

y que "la causa de las cosas humanas

que hasta hoy han agitado a España, es

LA EN LAS PERSONAS Y NO EN LAS COSAS."

saca de aquí una porción de consecuencias

perseguidas, entre las cuales hay una que

merece copiar en letras gordas, y es la si-

guiente: "QUE SI EL MAL NO PUEDE

ESTAR EN LAS COSAS, TAMPOCO PUE-

DE ESTAR EL BIEN."

11. Es decir que, para *La Voz de Cuba*,

el mal y el bien, son dos complices,

que siempre van juntos, extendiendo en

ambos esas ataduras que en el fluido mag-

nético tienen los opuestos polos; de tal mane-

ra que, en anudando el mal, debemos pre-

sumir que no anda lejos el bien, y en cuan-

to se nos presenta el bien, ya podemos de-

cir: "pues ahí está el mal." Cabe en el

orden moral nada más original que esto?

No, querido colega, no cabe. Nada pue-

de haber más original que esto, como no

sea la manera originalísima que tiene el *Moro**Muza* de sacar consecuencias.

Como no somos ni hemos sido nunca revo-

lucionarios en política, tampoco somos ni

hemos sido nunca krausistas en filosofía, ni

pereneos como ni nunca hemos pertenecido a

la izquierda hegeliana, ni creemos ni hemos

creído jamás en nada que se parezca a la

famosa *identidad* de los contradictorios. To-

dos estos absurdos es lo que dejamos a los hom-

bres de ideas avanzadas. Lo que extraña-

mos es que nuestro colega, que no las tiene

nada atrasadas por cierto, rehace una cosa

que tanto se acerca a la famosa *identidad*

aludida, tan acariciada de todos los filóso-

fos revolucionarios.

Esto, sin embargo, en nada nos incombe.

Sabemos lo que el *Moro* es en política, ypor lo tanto sabemos también lo que *debería*

ser en filosofía; pero como este es asunto de

consecuencia, y en este particular cada uno

hace de su capa un sayo, no queremos pe-

netrar en honduras que nos llevarían muy

lejos. Lo que nos incombe es demostrar

que las absurdas consecuencias—tan pare-

cidas a la famosa *identidad*—que el *Moro**Muza* ha pretendido sacar del principio que

nosotros dedujimos de sus premisas, de nin-

guna manera las admitimos como nuestras,

ni pueden deducirse en buena lógica de la

proposición por nosotros sentada, como lo

veremos luego.

Ante todo debemos decir que, como cues-

tion de doctrina, esta de "los hombres y las

cosas" que promovió nuestro antagonista,

era bastante interesante para que el *Moro*

la hubiese tratado con un poco más de ex-

tensión. Nosotros algo dijimos sobre ella

que ciertamente no estaba fuera de lugar, y

que bien merecía que el *Moro* se hubiese

ocupado de ello, máxime cuando él fue quien

provocó la cuestión. En lugar de hacerlo

así, se conforma con decir que nosotros he-

mos sacado consecuencias muy peregrinas,

empuerto guardárnoslos muy bien de decir cu-

les son esas consecuencias, y fijándose en

una relación, porque, no habiéndolo sin

duda comprendido, ha creído que podía in-

ducir en ella su habilidad. Ya veremos como

sale del paso.

Vamos ahora a la cuestión.

Para probar que los principios y prácticas

que los revolucionarios han pretendido so-

meter a la nación española son los mejores

posibles, y que si han dado el resultado

malísimo que todos vemos esto no debe atri-

buirse a que dichos principios y prácticas

no sean excelentes, sino a que la inmensa

mayoría de los españoles somos muy malos

y además unos verdaderos botenotes, que no

sabemos aprovecharnos de las cosas buenas

que tenemos, y que todo lo echamos a per-

der, ha sentido el *Moro* las posiciones

siguientes: "no debe achacarse a un prin-

cipo lo que es efecto de las humanas pasio-

nes"; y "la causa de las cosas humanas

que hasta hoy han agitado a España, es

LA EN LAS PERSONAS Y NO EN LAS COSAS."

Está en la persona, y no en las cosas, el

desempeño de un peregrino para que pidié-

ramos pasarlo en silencio. Dimos, pues, el

grito de "¡alto!", y dijimos lo siguiente, si

no para ilustrar la cuestión hasta agotarla,

siquiera para que nuestro colega compren-

diera claramente lo erróneo de esas compen-

daciones, que así como al vuelo había solido,

evidentemente sin fijarse con detenimiento

en su naturaleza e importancia.

Para que el *Moro* percibiese la enormidad

de lo que había dicho, especialmente en la

segunda de sus proposiciones, le hicimos

notar que si el mal no podía estar en las

cosas, como él asegura, TAMPOCO PUE-

DE ESTAR EN ELAS EL BIEN; de lo cual vendría

a resultar que las cosas serían de todo pun-

to indiferentes. Y esto no solo era absurdo

en buena metafísica, sino que era altamente

condenatorio de la conducta de los revo-

lucionarios españoles, que hacían ciencia

años que estaban inundando la nación en

sangre para producir en las cosas un cam-

bio que ninguna importancia podía tener,

desde el momento en que se consideraba

que las cosas eran indiferentes, es decir,

que lo mismo importaba que fuesen de un

modo como de otro.

Esta observación nuestra era estrictamen-

te lógica; pero nuestro buen colega, que

ma, débil y triste—por la primera vez de

mi vida—pero con una tristeza melancólica,

y vaga que no me hacía dudar y que me su-

giera en un mar de reflexiones agenas a

mi edad.

Precisábase además, una gran idea.

Una idea que aún no he podido averiguar

como pudo ocurrirle, y que a mi misma

me espantaba, como le espanta al cansado

viajero la vista del dilatado camino que aún

le falta que recorrer, para llegar al espira-

do que llamaremos *nueva luz* de la polé-

mica.

10. Para no tener que hablar de los he-

chos históricos, *La Voz de Cuba*, con su

unidad de costumbres, se ha ido pro-

tendiendo, y se repite en que no le ha

que "no debe achacarse a un principio lo

que es efecto de las humanas pasiones";

y que "la causa de las cosas humanas

que hasta hoy han agitado a España, es

LA EN LAS PERSONAS Y NO EN LAS COSAS."

saca de aquí una porción de consecuencias

perseguidas, entre las cuales hay una que

merece copiar en letras gordas, y es la si-

guiente: "QUE SI EL MAL NO PUEDE

ESTAR EN LAS COSAS, TAMPOCO PUE-

DE ESTAR EL BIEN."

11. Es decir que, para *La Voz de Cuba*,

el mal y el bien, son dos complices,

que siempre van juntos, extendiendo en

ambos esas ataduras que en el fluido mag-

nético tienen los opuestos polos; de tal mane-

ra que, en anudando el mal, debemos pre-

sumir que no anda lejos el bien, y en cuan-

to se nos presenta el bien, ya podemos de-

cir: "pues ahí está el mal." Cabe en el

orden moral nada más original que esto?

No, querido colega, no cabe. Nada pue-

de haber más original que esto, como no

sea la manera originalísima que tiene el *Moro**Muza* de sacar consecuencias.

Como no somos ni hemos sido nunca revo-

lucionarios en política, tampoco somos ni

hemos sido nunca krausistas en filosofía, ni

pereneos como ni nunca hemos pertenecido a

la izquierda hegeliana, ni creemos ni hemos

creído jamás en nada que se parezca a la

famosa *identidad* de los contradictorios. To-

dos estos absurdos es lo que dejamos a los hom-

bres de ideas avanzadas. Lo que extraña-

mos es que nuestro colega, que no las tiene

nada atrasadas por cierto, rehace una cosa

que tanto se acerca a la famosa *identidad*

aludida, tan acariciada de todos los filóso-

fos revolucionarios.

Esto, sin embargo, en nada nos incombe.

Sabemos lo que el *Moro* es en política, ypor lo tanto sabemos también lo que *debería*

ser en filosofía; pero como este es asunto de

consecuencia, y en este particular cada uno

hace de su capa un sayo, no queremos pe-

netrar en honduras que nos llevarían muy

lejos. Lo que nos incombe es demostrar

que las absurdas consecuencias—tan pare-

cidas a la famosa *identidad*—que el *Moro**Muza* ha pretendido sacar del principio que

nosotros dedujimos de sus premisas, de nin-

guna manera las admitimos como nuestras,

ni pueden deducirse en buena lógica de la

proposición por nosotros sentada, como lo

veremos luego.

Ante todo debemos decir que, como cues-

tion de doctrina, esta de "los hombres y las

cosas" que promovió nuestro antagonista,

era bastante interesante para que el *Moro*

la hubiese tratado con un poco más de ex-

tensión. Nosotros algo dijimos sobre ella

que ciertamente no estaba fuera de lugar, y

que bien merecía que el *Moro* se hubiese

ocupado de ello, máxime cuando él fue quien

provocó la cuestión. En lugar de hacerlo

así, se conforma con decir que nosotros he-

mos sacado consecuencias muy peregrinas,

empuerto guardárnoslos muy bien de decir cu-

les son esas consecuencias, y fijándose en

una relación, porque, no habiéndolo sin

duda comprendido, ha creído que podía in-

ducir en ella su habilidad. Ya veremos como

sale del paso.

Vamos ahora a la cuestión.

Para probar que los principios y prácticas

que los revolucionarios han pretendido so-

meter a la nación española son los mejores

posibles, y que si han dado el resultado

malísimo que todos vemos esto no debe atri-

buirse a que dichos principios y prácticas

no sean excelentes, sino a que la inmensa

mayoría de los españoles somos muy malos

y además unos verdaderos botenotes, que no

sabemos aprovecharnos de las cosas buenas

que tenemos, y que todo lo echamos a per-

der, ha sentido el *Moro* las posiciones

siguientes: "no debe achacarse a un prin-

cipo lo que es efecto de las humanas pasio-

nes"; y "la causa de las cosas humanas

que hasta hoy han agitado a España, es

LA EN LAS PERSONAS Y NO EN LAS COSAS."

Está en la persona, y no en las cosas, el

desempeño de un peregrino para que pidié-

ramos pasarlo en silencio. Dimos, pues, el</

[illegible][illegible]

